

MOVIMIENTOS SOCIALES, ESTADO Y DEMOCRACIA

*Centro de Estudios Sociales de la*

*Universidad Nacional de Colombia*

*Tercer Observatorio Sociopolítico y Cultural*

---



*Orlando Fals Borda*  
*Mauricio Archila*  
*Álvaro Delgado*  
*Martha Cecilia García*  
*María Clemencia Ramírez*  
*Henry Salgado Ruiz*  
*Renzo Ramírez Bacca*  
*Ingrid Johanna Bolívar*  
*Margarita Chaves Chamorro*  
*Carlos Vladimir Zambrano*  
*Astrid Ulloa*  
*Mauricio Pardo*  
*Patricia Tovar*  
*Julio Eduardo Benavides Campos*  
*Mauricio Romero*  
*Flor Alba Romero*  
*Fabio López de la Roche*  
*Reinaldo Barbosa Estepa*  
*Leonor Perilla Lozano*

MAURICIO ARCHILA Y MAURICIO PARDO

*(Editores)*



*Movimientos sociales, Estado  
y democracia en Colombia*

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

Centro de Estudios Sociales

INSTITUTO COLOMBIANO DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

© de los artículos:

Los respectivos autores

© de esta edición:

UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

Facultad de Ciencias Humanas

Centro de Estudios Sociales

INSTITUTO COLOMBIANO DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

*Primera edición:*

marzo de 2001

ISBN 958-06-38-92-9

*Todos los derechos reservados.*

*Prohibida su reproducción total o parcial  
por cualquier medio sin permiso del editor.*

*Edición, diseño y armada electrónica:*

Sánchez, De Narváez & Jursich

*Impresión y encuadernación:*

LitoCamargo Ltda.

*Impreso y hecho en Colombia*

## PREÁMBULO

Sobre el origen de este libro se pueden tejer muchas hipótesis, aunque todas derivan en la realización del Tercer Observatorio Sociopolítico y Cultural convocado por el Centro de Estudios Sociales de la Universidad Nacional, sede Bogotá, los días 10 a 12 de mayo del 2000, para reflexionar sobre la temática que se plasma en su título. Para unos nació en el marco del Doctorado de Historia, en un curso sobre movimientos sociales en América Latina. Para otros surge de la dinámica de proyectos colectivos de seguimiento de luchas sociales o de estudio sobre el comportamiento de actores sociales. No falta quien afirme que fue resultado de la investigación de su tesis de postgrado. En realidad lo que ocurrió en ese Tercer Observatorio fue la convergencia de diversos esfuerzos investigativos, algunos enmarcados en grupos de trabajo como los agenciados por el ICANH, el CINEP y el mismo CES, otros fruto de la iniciativa individual de profesores y estudiantes de postgrado de la Universidad Nacional y de algunas otras universidades de Bogotá. Todos y todas acudimos a la cita con el fin de hacer un análisis no coyuntural de la coyuntura en torno al papel de los actores sociales en la construcción de democracia, en el fortalecimiento de la sociedad civil y, por esa vía, en la estructuración de nuevas relaciones con el Estado.

Son muy diversos los temas que allí abordamos y que se reflejan en esta publicación. Hubo análisis más teóricos, aunque predominó el estudio de casos concretos de movilización social. No obstante que el espacio de referencia fue el nacional, no faltaron las referencias a la globalización—e incluso se presentó una ponencia sobre Perú—. Pero, sin duda, el ámbito espacial de

investigación predominante fue el regional o el local. En términos temporales predominó la mirada coyuntural del presente, pero continuamente se hicieron referencias a procesos de más larga duración. En casi todas las presentaciones se realizaron precisiones conceptuales y se indicaron las metodologías de investigación utilizadas. Por último, la nota dominante en este Observatorio, como en los anteriores, fue el abordaje interdisciplinario de una serie de temas que así lo requerían. Todo ello constituye un conjunto de elementos que es de utilidad no sólo al científico social preocupado por estos temas, sino a los actores sociales involucrados por las circunstancias de su existencia en ellos. Para unos y otros estas páginas pueden ofrecer hipótesis, afirmaciones y, sobre todo, sugerencias e interrogantes críticos que pueden orientar mejor tanto la pesquisa científica como la acción social cotidiana.

Dentro de la amplia gama de organización temática que nos ofreció el Tercer Observatorio, optamos en este libro por agrupar las ponencias según las identidades sociales que proclamaban los actores estudiados. No se trata de un recuento proporcional según el peso de sus movilizaciones, pues eso hubiera exigido atender más a los sectores urbanos, por ejemplo. Incluso hay que lamentar la ausencia de reflexiones sobre actores cruciales que no tuvieron intérpretes –los estudiantes y los jóvenes en general, por ejemplo–, pero lo que el libro refleja es el estado de la investigación sobre los movimientos sociales en el país.

Agradecemos a todas las personas e instituciones que hicieron posible tanto el encuentro de investigadores sociales de mayo del 2000 como este libro. A los ponentes por aportar sus investigaciones y someterse a la disciplina editorial que a veces resulta incómoda. A los actores sociales cuya actividad y reflexión hicieron posible tales análisis. Particular gratitud debemos expresar al CES y al ICANH por hacer realidad esta nueva publicación que

continúa la serie editorial de los Observatorios. Sólo nos resta desear que este libro, además de ratificar el compromiso divulgativo de las entidades involucradas, sirva para entender en algo la lógica de acción de un grupo no despreciable de ciudadanos y ciudadanas que, de una forma u otra, buscan una Colombia mejor.

*LOS EDITORES*

*Orlando Fals Borda*

COMENTARIOS SOBRE LA DIVERSIDAD  
DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES

Colegas movimientólogos:

Quiero saludar con entusiasmo, y recibo con expectativa, este seminario. Es oportuno –diría “premonitorio” o “visionario”, si este último adjetivo lo hubiera empleado primero nuestro Observatorio Sociopolítico y Cultural, y no el movimiento cercano que no está monopolizado– porque en el aire se percibe la urgencia nacional de una transformación profunda, cuyo umbral no puede estar en los partidos tradicionales sino en iniciativas decididas de acción política subversora: la que pone al sistema dominante injusto que tenemos de patas para arriba.

La conclusión de este necesario proceso subversor sería obvia, si éste no fuera el país macondiano del orden caótico, la “Locombia” de Diego León Giraldo, donde todo puede pasar, desde el “aguante” miserable de las masas hasta las avalanchas clandestinas del Movimiento Bolivariano presentado en el Caguán. Ya lo declaramos los sufridos editores de la revista *Alternativa* en el “llamamiento a los independientes” que hicimos en el último número, el que se salvó del raponazo de las ultraderechas. Escribimos allí: “Éste es el momento de reorganizarnos y actuar en el espacio político propio que debe llevarnos a una opción de poder”.

¿A quiénes nos referimos? Claro que a los movimientos sociales, políticos, culturales y de toda índole que han seguido activos o latentes desde los años setenta, a pesar del garrote reci-



bido. Por allí quedan aún las brasas, en espera de vientos que les abaniquen. Y ésta parece ser una coyuntura excelente para levantar cabeza y armar alborotos bien concebidos. Y, por supuesto, también nos referimos a los nuevos dirigentes que han avanzado desde la rutina anterior.

Si en realidad está pasando aquí la hora de los partidos tradicionales, como ha ocurrido en países vecinos, vale la pena volver a examinar los movimientos alternativos que están saliendo al ruedo, con los mismos o con otros nombres, y claramente colocados a la izquierda del espectro político, sin vergüenzas ni eufemismos. Por eso es tan oportuno este seminario, que debe animar y estimular a “terceristas” y socialistas como yo, sin confundirnos con las “terceras vías” o socialdemocracias europeizantes que farfullan sibilinas y asustadas en los medios.

Pero además de la oportunidad subversiva, este seminario tiene también otro encanto positivo: la variedad de sus temáticas, por la atención que presta a asuntos diversos relacionados con la acción popular y cultural. Es un hecho nuevo, porque en este campo hasta hoy se ha privilegiado el análisis político clásico más que el politológico disciplinario, como en efecto lo requiere el Observatorio que nos congrega aquí. De allí lo novedoso que advierto en lo que habrá en estos días, y la importancia que tiene para proyectarse la acción de lo que haya de venir en el momento crítico actual.

En efecto, el programa del seminario me pareció sorprendente: hay tal variedad de aspectos tratados, desde el contexto estatal, pasando por lo étnico, territorial, campesino, laboral y cívico, hasta llegar a las perspectivas de género, que este menú destaca una diferencia sustancial con esfuerzos similares del pasado. Los primeros cultores del tema en los años setenta y ochenta quedábamos por lo regular hipnotizados por la acción política, y allí nos deteníamos. Ahora veo que no es así, lo que quiero interpretar como síntoma de progreso intelectual y analítico.

Pero, ¿será ello también indicativo de avances *praxiológicos*, como lo anticiparíamos algunos veteranos? De igual manera quisiera creerlo: me parece que los estudios aquí programados permitirán juzgar, con mayor facilidad, si hay distancia excesiva o cercana entre observación, interpretación, realidad y propósito. Éste sigue siendo un problema teórico-práctico de la mayor pertinencia.

Por el momento, y como punto de partida de esta evaluación, recordemos aquel gran hito analítico que fue el tomo recopilado por Gustavo Gallón en 1989, titulado *Entre movimientos y caudillos*. Algunos de los coautores de ese libro siguen firmes y, cosa buena, reaparecen en el actual seminario. Se les suman otros estudiosos que también amplían la temática. Tales son los buenos índices de acumulación científica y técnica que estoy observando entusiasmado, por lo que les ofrezco mis sinceros parabienes.

Como yo pertenezco a la vieja generación analítica, me queda la tentación de reflexionar un poco sobre aquel hipnotismo político de la década anterior. Resulta claro que quienes participamos en la producción de los artículos y libros de entonces –incluido el de Gallón– habíamos recibido los primeros destellos del Frente Unido de Camilo Torres y del Movimiento Firmes-Frente Democrático del maestro Gerardo Molina. Otras semillas habían sido sembradas por Antonio García en ANAPO Socialista y en movimientos radicales como A Luchar, Paz y Libertad y Unión Patriótica. Con ese impulso y con el del grupo de trabajo del Poder Popular que organizamos con un formidable boletín alrededor del malogrado amigo Carlos Urán, articulamos algunos principios básicos de acción conocidos como las “Siete Tesis” de Chachagüí (Nariño). Así llegamos al clímax de finales de 1988 con la convención de los 162 movimientos locales y regionales que alcanzaron a organizarse en todo el país con aquellos principios (“de las bases hacia arriba, de la periferia al centro”,

hoy muy conocidos), para lanzar el gran consorcio de “Colombia Unida”.

Pero el hecho fue que “Colombia Unida” se frustró poco después, y con ella se hundieron los componentes regionales, muchos de los cuales pasaron a la Alianza Democrática M-19. Este apagón merece ser estudiado a fondo. Mirando *ex post facto*, en el crepúsculo de “Colombia Unida” parece que jugaron tres factores: los asesinatos de la dirigencia izquierdista (esa horrenda tradición magnicida de la clase política tradicional colombiana); las cooptaciones que hicieron los partidos oficialistas y el gobierno sobre cuadros directivos del movimiento y de su sucesora; y fallas propias de liderazgo e imaginación y concepción política. Éstos son factores que han incidido también en la desaparición de previos y posteriores movimientos políticos radicales y de izquierda.

¿No convendría enfocar con mayor atención esta negatividad específica, así pueda resultar dolorosa? Sería bueno saber más sobre los procesos adversos que han afectado las iniciativas populares, e invito a llenar ese agujero negro en nuestras disciplinas. Hay inicios, como los tomos autocríticos que han publicado algunos exguerrilleros, lo cual es de agradecer. Por supuesto, no he leído aún los estudios sometidos al presente seminario, y es posible que ustedes estén dando puntadas al respecto. Ojalá. Queda como lógica preocupación, por todo lo que los movimientos que se están iniciando aprenderían de aquellas experiencias.

Como parte de la campaña analítica y pedagógica que sugiero, habría que buscar y proponer formas eficaces para que el descompuesto sistema político dominante no repita los crímenes con que destruyó la ola revolucionaria anterior: que no mande matar a los nuevos dirigentes, que no los corrompa, que no los coopte ni asimile con alianzas interesadas, ofertas y cargos envenenados. Y que nuestros dirigentes a su vez se coloquen por encima de las tentaciones del poder como tal, y demuestren con digni-

dad el talante de moralidad y rectitud que el país espera y necesita para su reconstrucción.

Al margen de las necesidades analíticas y tácticas que acabo de señalar, en vista de la valiosa variedad actual de estudios sobre movimientos cabría esperar, finalmente, que se abran mejores posibilidades de entender cómo coordinarlos. La coordinación sería para redondear e imponer un proyecto auténticamente democrático de nación, libre de la coerción armada que a veces se insinúa tanto en las derechas como en las izquierdas; y para superar los obstáculos que la ley 134 de participación popular puso a las intenciones de los Constituyentes de 1991. Percibo estas tareas como lo más útil que puedan hacer los movimientos alternativos actuales, como el Frente Social y Político, Alternativa Política Colectiva, Convergencia Ciudadana, Movimiento Visionario, Alternativa Socialista y Democrática del Tolima, Alternativa Democrática Momposina y otros de grandes posibilidades locales, regionales y nacionales.

En conclusión, éste parece ser el tiempo para recoger los frutos de esfuerzos anteriores, así hubieran fracasado, y de juntarlos todos. La convergencia de los movimientos críticos y radicales que hoy surgen me parece fundamental. Para ello los analistas pueden hacer una gran contribución, al estimular una convergencia hacia otro gran consorcio, como el de 1988, pero de más amplia gama, con el fin de impulsar el gran proyecto madre de una nación en paz y progreso para todos. Esto es política bien entendida. Pero, sin volver a la unifocalidad anterior, habría que mirar otra vez el efecto práctico de los movimientos sobre la realidad, esto es, calibrar las posibilidades de avanzar hacia una toma real del poder en todos sus niveles. Tendríamos que volver a examinar esta vieja tesis de las izquierdas clásicas, y hacerlo en el contexto contemporáneo con más realismo, buscando mayor eficacia no sólo en el plano político concreto, sino en lo cultural, en la moral personal y colectiva, y hasta en lo espiritual.

Un rápido examen a nuestro alrededor podría demostrar que no estamos solos en este gran empeño renovador, en el que la sumatoria de diversidades resulta importante. Hay estampidas en los partidos tradicionales, y un inusitado despertar entre independientes y abstencionistas del voto de opinión. Además, el fenómeno movimientista actual está desbordando lo nacional para pasar a lo global. Las recientes rebeliones populares de Seattle, Davos y Washington de 600 movimientos coordinados a través del Internet contra el FMI y el Banco Mundial han abierto los ojos a muchos activistas colombianos. Los partidos tradicionales resultaron desbordados en el Norte, y la globalización capitalista recibió un serio revés. Están resentidos, todo lo cual tiene repercusiones prácticas en los movimientos sociales del Sur.

Creo que transmito la esperanza de muchos miembros de estas vertientes democráticas de nuevo cuño para ver cómo pueden traducirse a la acción política las ponencias y discusiones de este oportuno y rico seminario. La crisis nacional así lo viene exigiendo. Intentemos otra vez ponernos a la altura de la tarea histórica como compete a intelectuales así comprometidos, para que la actual coyuntura no vuelva a ser tiempo perdido en defensa de los más altos intereses de nuestra nación.

*Mauricio Archila*

VIDA, PASIÓN Y...  
DE LOS MOVIMIENTOS SOCIALES EN COLOMBIA

*Parece que, caído el Muro de Berlín, hay quienes han comenzado a construir otro muro: el muro de Seattle. Para los colombianos, el asunto no es tan remoto como aparece. El muro que comienza en la esquina noroccidental de los Estados Unidos pasa por Bogotá. En efecto, aquí mismo, en Colombia, tenemos la simiente de una coalición semejante: indigenistas de verdad, indigenistas de mentira, pero que aspiran a graduarse en antropología, miembros de la guerrilla. Burócratas que defienden sus clientelas y sus contratos, los jefes políticos de esos burócratas protomarxistas científicos, exrevolucionarios trasnochados, teatreros en vacaciones.*

Humberto de la Calle  
“¿RESUCITA MARX?”<sup>1</sup>

*¿Los sectores populares son lo que son, lo que ellos creen ser o lo que otros creen que son?*

Luis Alberto Romero,  
“LOS SECTORES POPULARES URBANOS COMO SUJETOS HISTÓRICOS”<sup>2</sup>

Las anteriores frases contrastan los estereotipos negativos que un hombre público transmite sobre los movimientos sociales contemporáneos en el país y la pregunta de un intelectual en torno a quién crea los imaginarios sobre los actores sociales. Para

---

<sup>1</sup> Lecturas Dominicales, *El Tiempo*, 27 de febrero del 2000, p. 3.

<sup>2</sup> *Proposiciones*, N<sup>o</sup> 19, 1990 (?), p. 275.

Humberto de la Calle, salvo los “indigenistas de verdad”, todas las demás categorías son negativas. En esas condiciones es difícil construir una idea objetiva de los movimientos sociales, y menos, entender sus lógicas de acción. Inspirados en preguntas como las de Luis Alberto Romero nos planteamos la responsabilidad de los intelectuales en la creación de imaginarios positivos o negativos con relación a los actores sociales.

Así históricamente las luchas sociales en el país se remontan casi a los inicios de la colonización europea, el tema de los movimientos sociales es de reciente aparición en nuestro medio. Fruto tanto de dinámicas internas, centradas en la denuncia de las limitaciones del régimen de coalición conocido como el Frente Nacional, como sobre todo externas, como el auge de las luchas anticoloniales, la Revolución cubana y los movimientos estudiantiles en Europa y Norteamérica, las ciencias sociales en los sesenta comenzaron a reflexionar sobre la aparición de nuevos actores sociales y el significado de sus luchas. En la medida en que algunos movimientos adquirieron visibilidad, se convirtieron en objeto de investigación. En el balance historiográfico que hicimos de la producción académica en torno al tema que nos convoca, constatábamos un incremento casi geométrico de publicaciones hasta comienzos de los años noventa<sup>3</sup>. Aunque aún no hemos realizado el estudio para el último decenio, tenemos la impresión de que la producción se ha estancado, así la actividad social haya continuado con inusitado impulso, en especial durante la actual administración Pastrana. ¿A qué factores responden estos vaivenes intelectuales? ¿Con qué modelos teóricos se ha leído la protesta social en el país? ¿Cuál ha sido el diálogo, si lo ha habido, entre actores y analistas? Éstas son algunas

---

<sup>3</sup> “Historiografía sobre los movimientos sociales en Colombia, siglo xx”, en Bernardo Tovar (compilador), *La historia al final del milenio*, Vol. I. Bogotá: Editorial Universidad Nacional, 1994, pp. 251-352.

de las preguntas guías de esta ponencia, que intentará hacer un balance crítico no tanto de las luchas sociales como tales, sino de la producción académica sobre ellas a lo largo de los cuatro últimos decenios.

Antes de entrar en materia propiamente dicha conviene precisar algunas de las categorías que utilizaremos en estas páginas. Por *movimientos sociales* entendemos aquellas acciones sociales colectivas más o menos permanentes, orientadas a enfrentar injusticias, desigualdades o exclusiones, y que tienden a ser propositivas en contextos históricos específicos<sup>4</sup>. Aunque no es el caso profundizar en los elementos constitutivos de la definición, resaltamos dos aspectos que conviene tener presentes a la hora de cualquier balance: el terreno del conflicto en el que se mueven los actores sociales es ilimitado y no se reduce a lo socioeconómico; y segundo, los movimientos sociales responden a asociaciones voluntarias y, en ese sentido, son también comunidades imaginadas<sup>5</sup>. Ambos aspectos denotan un papel proactivo de los movimientos sociales en la construcción de la democracia, pues amplían su base y constituyen una expresión organizada de la sociedad civil.

Ahora bien, cuando se intenta aplicar esta definición al caso colombiano, hay problemas por la debilidad organizativa de los actores y su precaria autonomía con relación al Estado o a los actores armados. En consecuencia, hemos optado por hacer el seguimiento de una categoría más aprehensible: las *protestas sociales*. Ellas constituyen el conjunto de acciones sociales colectivas que expresan intencionalmente demandas o presionan soluciones ante el Estado, las entidades privadas o los individuos. La gran distin-

---

<sup>4</sup> Una ampliación de esta definición en mi ensayo "Tendencias recientes de los movimientos sociales", en Francisco Leal (compilador), *En busca de la estabilidad perdida*. Bogotá: Tercer Mundo, 1995, pp. 254-257.

<sup>5</sup> Punto desarrollado por Chantal Mouffe, "Democracia radical: ¿moderna o postmoderna?", *Revista Foro*, N<sup>o</sup> 24, Bogotá, septiembre de 1994, p. 23.



ción radica en lo puntual de estas acciones, mientras los movimientos sociales exigirían cierta permanencia en el tiempo. De ahí que una constante paradoja para los investigadores del caso colombiano es la persistencia de la protesta, a pesar de la aparente debilidad organizativa de los actores sociales. Esta constatación nos lleva de nuevo a la pregunta que orienta esta ponencia: ¿será que les estamos pidiendo mucho a los actores sociales para que se amolden a nuestros esquemas mentales? O, en últimas, ¿hemos entendido realmente la lógica de su acción colectiva?

Con el objetivo de abordar estos cuestionamientos vamos a realizar un balance crítico de la producción intelectual sobre la acción social colectiva en cuatro momentos que expresan a su vez algunos modelos teóricos vigentes en nuestro medio. Por tanto, esta ponencia no es un recuento diacrónico de las luchas sociales y de los distintos protagonismos públicos, pues eso corresponde a otro tipo de ensayo<sup>6</sup>. No es tampoco la sucesión lineal de teorías, pues ellas no desaparecen de un día para otro y, por el contrario, subsisten en formas más o menos creativas en momentos posteriores. El punto de análisis es la interacción entre los hechos sociales y las lecturas intelectuales de esos hechos. De esta forma, veremos el nacimiento y evolución de un tema que, lejos de estar muerto, sigue vivo no sólo entre los analistas y no pocos políticos, sino, y sobre todo, entre los actores sociales.

---

<sup>6</sup> Hay quienes postulan fases o momentos en la historia social reciente del país según distintos protagonismos, lo que en sí constituye una interpretación de esa historia, como toda cronología lo es. A guisa de ejemplo, véanse las propuestas de Francisco de Roux y Cristina Escobar ("Una periodización de la movilización popular en los setentas", *Controversia*, N<sup>o</sup> 125, 1985) y la más elaborada de Leopoldo Múnera (*Rupturas y continuidades: poder y movimiento popular en Colombia, 1968-1988*. Bogotá: Cerec-Iepri-Facultad de Derecho UN, 1998). En ambos casos se postula un protagonismo campesino a principios de los setenta, seguido de un resurgimiento obrero a mediados del mismo decenio para pasar luego al auge cívico de los ochenta.

## DE LA LECTURA FUNCIONALISTA AL VANGUARDISMO PROLETARIO

En aras de la precisión histórica, no fue el marxismo la primera vertiente teórica que intentó explicar las razones de la movilización social en nuestro medio. Desde los años cincuenta, en el contexto de la Guerra Fría, los países centrales, y en particular los Estados Unidos, estaban muy preocupados por la pobreza en el mundo periférico. Obraba en ellos no sólo el terror del comunismo en aparente expansión, sino la misma explosión demográfica que socavaba los ideales de progreso sobre los que firmemente se asentaban las sociedades occidentales. Así, se inventó el discurso desarrollista y se diagnosticó el atraso del llamado Tercer Mundo, categoría que encarnó el imaginario geopolítico de los países centrales<sup>7</sup>.

Las nacientes ciencias sociales en Colombia bebieron de esta fuente a finales de los años cincuenta. Al abrigo de las teorías funcionalistas se hicieron desde análisis macrosociales hasta estudios de caso para tratar de indagar sobre las causas de nuestro subdesarrollo y ofrecer las recetas de solución de tal atraso<sup>8</sup>. En este último aspecto sobresalían algunos actores sociales modernos llamados a impulsar o al menos a no frenar el desarrollo. Los trabajadores asalariados y especialmente sus sindicatos eran cruciales en ese propósito, siempre y cuando se alejaran de las ideologías revolucionarias y/o totalitarias, que para el funcionalismo eran lo mismo. El apoyo a las llamadas corrientes democráticas y una estrecha relación con el Estado eran las

---

<sup>7</sup> Un crítica al discurso desarrollista, en Arturo Escobar, *Encountering Development. The Making and Unmaking of the Third World*. Princeton: Princeton University Press, 1995.

<sup>8</sup> Véanse, como ejemplos de los dos extremos, los trabajos del padre Joseph Lebet, *Estudios sobre las condiciones de desarrollo de Colombia*. Bogotá: AEDITA, 1958, y de Orlando Fals Borda, *Campesinos de los Andes. Estudio sociológico de Saucio (Boyacá)*. Bogotá: Editorial Punta de Lanza, 1978.

garantías de un desarrollo armónico<sup>9</sup>. Algo similar se postulaba para otros actores sociales, en especial los campesinos y estudiantes, estos últimos de mucho protagonismo en los años del Frente Nacional<sup>10</sup>. De los nuevos actores, y aun de los mencionados, sospechaba el funcionalismo al considerarlos marginados y atribuirles conductas irracionales<sup>11</sup>.

Aunque en forma tardía, también a Colombia llegó el paradigma marxista para leer la acción social. Así intelectualmente ya se le conociera desde los años cuarenta, y aún antes hubiera sido instrumento de movilización política, su impacto en el mundo académico se vino a sentir a finales de los años sesenta<sup>12</sup>. Su arribo a nuestras tierras no fue tarea fácil, pues el medio cultural era poco propicio para ideologías revolucionarias. Pero en el contexto de una creciente oposición interna al régimen de coalición, alentada por los vientos internacionales favorables representados en la irrupción de la Revolución cubana, la consolidación de la revolución china, los triunfos materiales del socialismo soviético, el proceso de descolonización en África y Asia, la oposición a la guerra de Vietnam y el despertar de los movimientos estudiantiles en Europa y Norteamérica, entre otros tantos factores, el marxismo encontró un terreno abonado para

---

<sup>9</sup> Un texto representativo de esta primera aproximación, que cuenta además con una importante base empírica, es el de Miguel Urrutia, *Historia del sindicalismo en Colombia*. Bogotá: Universidad de los Andes, 1969.

<sup>10</sup> Consideraciones de este estilo en los textos de John D. Martz, *Colombia, un estudio de política contemporánea*. Bogotá: Universidad Nacional, 1969, y de Robert Dix, *Colombia, the Political Dimensions of Change*. New Haven: Yale University Press, 1967.

<sup>11</sup> Estos aspectos teóricos los amplió en mi ensayo "Poderes y contestación", *Controversia*, N<sup>o</sup> 173, diciembre de 1998, pp. 29-60.

<sup>12</sup> En esto coinciden los autores del libro *El marxismo en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional, 1984. Uno de ellos, Gabriel Misas, recuerda que "en la Universidad Nacional, ..., se podían contar, en el lapso 1960-1965, únicamente tres profesores marxistas" (*ibid.*, p. 213).

su difusión, especialmente en el sistema público de educación superior.

En esas condiciones sociopolíticas y culturales, el marxismo inició la disputa con los modelos desarrollistas y ofreció un entendimiento distinto del sentido de la acción social colectiva, sin que rompiera definitivamente con el discurso eurocentrista, porque era su heredero, un tanto díscolo, es cierto, pero heredero al fin y al cabo. El marxismo, consolidado en los años sesenta en la vertiente leninista, consideraba que las contradicciones en la esfera productiva eran las fundamentales en la historia, pues constituían la base de la sociedad. De ahí que postulara un conflicto de clases, entendiendo por éstas agrupaciones sociales fruto de distintas posiciones en el proceso productivo. El tipo ideal de las clases sociales era el proletariado, que además era el llamado a conducir la revolución, pues no tenía más que sus cadenas por perder. La clase obrera, el sujeto histórico por antonomasia, era concebida como una unidad homogénea en su existencia natural —la clase en sí—, así no siempre tuviera conciencia de ello: la clase para sí. De allí que, en la vertiente leninista, necesitara de un actor externo a ella para que la dirigiera. Éste era una élite intelectual agrupada en el partido del proletariado. Se combinaba así un esencialismo que prácticamente naturalizaba a las clases sociales, con un voluntarismo en términos de la acción política.

Lo anterior no significa que desconozcamos la importancia de la categoría de clase social para el análisis de nuestra sociedad. Lo que criticamos es la reducción que de ella se hace a la esfera productiva, lo que a todas luces la hace incompleta para explicar la complejidad del conflicto social. Clases sociales tendremos por mucho tiempo y ellas seguirán siendo fuente de identidades, pero ellas no son los únicos actores sociales<sup>13</sup>. Otro

---

<sup>13</sup> Para Leopoldo Múnera, "... la acción, la praxis social no se mueve sólo en el eje de las clases y tenemos que asumir ese desafío" ("Actores y clases sociales",

asunto es el devenir de la clase obrera como sujeto histórico revolucionario. Allí sí que primó, en los análisis marxistas leninistas, más el deseo que la realidad<sup>14</sup>.

Aunque fue la clase obrera la que recibió la atención de los analistas enmarcados en el paradigma marxista<sup>15</sup>, no faltaron los estudios que intentaban explicar los orígenes de clase de otros movimientos aparentemente más heterogéneos y a los que se les proponía como máxima consigna la “alianza obrero, campesina y popular”. Así, se consumieron muchas páginas y neuronas tratando de explicar los componentes clasistas de los estudiantes, del magisterio o de los pobladores urbanos, sacrificando sus especificidades socioculturales<sup>16</sup>. Era un proceso mental que re-

---

en Jaime Caycedo y Jairo Estrada (compiladores), *Marx vive*. Bogotá: Universidad Nacional, 1998, p. 265).

<sup>14</sup> Coincidimos con Boaventura de Sousa Santos en la centralidad que todavía tiene en nuestras sociedades periféricas la esfera productiva o, en sus términos, el “espacio-tiempo” de la producción. Esto ratifica la vigencia de un cierto análisis de clase, pero, como también lo señala el sociólogo portugués, ello no implica que esté al orden del día la lucha de clases bajo la vanguardia del proletariado como se entendió desde fines del siglo XIX y parte del XX (*De la mano de Alicia. Lo social y lo político en la postmodernidad*. Bogotá: Uniandes, 1998, capítulo 12). Héctor L. Moncayo insiste en la capacidad explicativa de la categoría clase social, máxime si se le desprende de la teleología de “sujeto histórico” que, a su juicio, es ajena al marxismo (“Las clases sociales, fenomenología e historicidad”, en Jaime Caycedo y Jairo Estrada (compiladores), *Marx vive...*, pp. 243-258).

<sup>15</sup> En nuestro balance historiográfico ilustramos esta aseveración con estas cifras: de 351 textos revisados, 156 fueron sobre clase obrera. De éstos, 2 fueron escritos antes de los sesentas, 8 en los sesentas, 38 en el decenio siguiente y 106 en los ochentas (“Historiografía...”, p. 267). Los mejores ejemplos de la tendencia marxista leninista son Ignacio Torres Giraldo, *Los inconformes*. Bogotá: Margen Izquierdo, 1973, y Édgar Caicedo, *Historia de las luchas sindicales en Colombia*. Bogotá: Ediciones Suramericana, 1977.

<sup>16</sup> El análisis de clase solía ser el inicio de toda investigación sobre actores sociales. Algunos esfuerzos de este tipo para el movimiento estudiantil, en Jaime Caycedo “Los estudiantes y las crisis políticas”, *Escritos políticos*, mayo-junio de

ducía el conflicto social a lo económico, proceso que en ese sentido no distaba del reduccionismo del discurso desarrollista tradicional.

#### EL PUEBLO COMO ACTOR SOCIAL

La presencia de actores heterogéneos exigía un aproximación menos rígida que la clasista, pero que no perdiera las fortalezas del análisis desde el materialismo histórico<sup>17</sup>. En forma casi imperceptible el énfasis de los investigadores sobre los movimientos sociales pasó del obrerismo a algo así como un populismo metodológico. Ya no sólo se hablaba de proletariado, sino de un conjunto de clases explotadas y oprimidas que a veces se designaba como pueblo, a veces como movimiento popular y a veces simplemente como movimiento social en singular.

A principios de los años setenta hubo nuevos fenómenos en la vida nacional que jalonaron la reflexión académica. La irrupción en la escena pública de la mayor organización campesina de la historia, la ANUC; el fugaz éxito electoral de una coalición de corte populista, la Anapo; y la creciente visibilidad, pero dispersa, de los pobladores urbanos pusieron de presente no sólo

---

1979, y "Conceptos metodológicos para la historia del movimiento estudiantil colombiano", *Estudios Marxistas*, N° 27, 1984. Algo similar hizo para el magisterio Laureano Coral, *Historia del movimiento sindical del magisterio*. Bogotá: Ediciones Suramericana, 1980. En el caso de los pobladores, véase, del Grupo José R. Russi, *Luchas de clases por el derecho a la ciudad*. Medellín: Ed. 8 de junio, 1977 (?). Para los estudiantes hay un factor que complica aún más su reconstrucción y es la fusión que se hace de su historia con la de la izquierda, por lo que termina siendo analizado más como movimiento político que social.

<sup>17</sup> La heterogeneidad de los movimientos cívicos era evidente casi por definición. Para el caso campesino, Leon Zamosc demostró que no sólo grandes diferencias regionales, sino incluso sociales, explicaban tanto el inicial éxito en la cobertura de la ANUC como su posterior crisis (*Los usuarios campesinos y las luchas por la tierra en los años setenta*. Bogotá: Cinep, 1983 (?)).

el fracaso de las reformas agraria y urbana, sino el desgaste político del Frente Nacional<sup>18</sup>. El gobierno que siguió, el de Alfonso López Michelsen, lejos de apaciguar el descontento social lo exacerbó tanto, que él mismo exclamó: “Hoy (1977) tenemos la lucha de clases más que la lucha de los partidos”<sup>19</sup>.

Nuevos vientos teóricos reforzaban esta mirada hacia lo popular. De una parte, la vertiente maoísta del marxismo, a pesar de su formal ortodoxia, reivindicaba el papel protagónico del campesinado que también había sido un actor crucial en la Revolución cubana y en muchas luchas anticoloniales. De otra parte, cobraba relevancia la llamada teoría de la dependencia, alimentada tanto por las lecturas críticas del imperialismo como por el pensamiento cepalino. Era una mirada crítica del desarrollo propuesto desde los países centrales, sin romper el molde discursivo desarrollista<sup>20</sup>. Si bien el debate teórico ya no giraba en torno al dualismo campo-ciudad, tradicional-moderno, y se postulaba una mirada más histórica sobre nuestra evolución, la meta seguía siendo un desarrollo entendido como progreso de corte material, y con los países centrales como modelo. En términos sociales, la teoría de la dependencia miraba, más que a las clases aisladas, a un conjunto de sectores populares sumidos en condiciones de atraso precisamente por el desarrollo capitalista mundial<sup>21</sup>, lo que sugería la creación de un bloque popular

---

<sup>18</sup> El régimen bipartidista, según el analista norteamericano Jonathan Hartlyn, no sólo no movilizó a los sectores populares a su favor, sino que intentó dividirlos y debilitarlos (*La política del régimen de coalición*. Bogotá: Tercer Mundo-Uniandes, 1993, pp. 207 y siguientes).

<sup>19</sup> Citado por J. Hartlyn, *ibid.*, p. 251.

<sup>20</sup> Arturo Escobar, *Encountering Development...*, cap. 2. Un texto representativo de esta postura teórica en nuestro medio fue el de Mario Arrubla, *Estudios sobre el subdesarrollo colombiano*. Bogotá: Estrategia, 1963.

<sup>21</sup> Daniel Pecaute (*Política y sindicalismo en Colombia*. Bogotá: La Carreta, 1973) hace eco de esta visión, en especial, en la Introducción.

que construyera una alternativa de corte nacionalista para impulsar un crecimiento económico equilibrado.

Es cierto que con estas posturas se enriquecía el estudio de la acción social colectiva, pues ella no se limitaba a la mera explotación económica por las burguesías locales, sino que atendía a fenómenos más complejos de opresión política en la arena mundial<sup>22</sup>. En términos de los conflictos sociales, importaba tanto la esfera de la producción como la del consumo, lo que era una significativa innovación en la comprensión de las contradicciones que atravesaban nuestra sociedad. Inspirados en algunas posturas internacionales renovadoras del marxismo, algunos analistas comenzaron a hablar de crisis urbanas y de desarrollo desigual y combinado, para explicar las primeras acciones cívicas. Pero aun en este audaz paso se seguía insistiendo en el análisis de clase –determinada desde la producción– y de cierto vanguardismo obrero en la movilización ciudadana<sup>23</sup>. El imaginario de la lucha de clases seguía presidiendo tanto los sueños

---

<sup>22</sup> Aunque distante del marxismo leninismo, la corriente de la “derivación lógica del capital”, que tuvo a Fernando Rojas y a Víctor Manuel Moncayo como sus mejores exponentes en nuestro medio, postulaba una autonomía obrera y aun popular como la tabla de salvación ante la lógica implacable de un capitalismo que no tenía patria. Véase, de los dos autores, *Luchas obreras y política laboral en Colombia*. Bogotá: La Carreta, 1978.

<sup>23</sup> Así ocurrió con los pioneros trabajos de Medófilo Medina, “Los paros cívicos en Colombia (1957-1977)”, *Estudios Marxistas*, N<sup>o</sup> 14, 1977, pp. 3-24 y de Jaime Carrillo, *Los paros cívicos en Colombia*. Bogotá: Oveja Negra, 1981. El primero designó a los paros cívicos como una modalidad de huelga de masas, con gran presencia sindical. El segundo desarrolló más la hipótesis de la crisis urbana para explicar la movilización ciudadana, pero reiteró el peso sindical. Sería Pedro Santana quien refutaría esa última apreciación y quien insistiría más en la hipótesis del desarrollo desigual (*Desarrollo regional y paros cívicos en Colombia*. Bogotá: Cinep, 1983). La inspiración en autores como Manuel Castells y Jordi Borja ya estaba presente en tempranos estudios como el del Grupo Russi, *Lucha de clases...*, y el de Jorge E. Vargas y Luis I. Aguilar, *Planeación urbana y lucha de clases*. Bogotá: Cinep, 1976.



de los intelectuales de izquierda como las angustias de los políticos de derecha.

El paro cívico del 14 de septiembre del 77 sería la coyuntura para encarnar ese común imaginario. Aunque sin duda fue una jornada de unas magnitudes inesperadas para propios y ajenos, no es menos cierto que su alcance y significación fue distorsionado con fines políticos contradictorios, como lo denunció Medófilo Medina en el primer encuentro de este Observatorio Sociopolítico y Cultural<sup>24</sup>. Ya fuese catalogado como un nuevo caos al estilo del “bogotazo” o como una insurrección sin armas, la resultante es que el paro cívico del 77 encarnaba los anhelos y temores que la supuesta unidad de clases populares presagiaba. La homogeneidad y el vanguardismo antes atribuidos a la clase obrera se extendían, por esos subterfugios intelectuales, a la categoría pueblo<sup>25</sup>. A pesar de su imprecisión conceptual, los discursos académicos y políticos recababan en la unidad popular que pareció condensarse en ese 14 de septiembre, para no volverse a repetir, a pesar de los esfuerzos de la izquierda para conseguirlo<sup>26</sup>. El Estado había aprendido, a su modo, la lección y no estaba dispuesto a dejarse

---

<sup>24</sup> “Dos acontecimientos reflejaron esa enfermedad de la percepción: la adopción del Estatuto de Seguridad el 6 de septiembre de 1978 por el gobierno de Turbay Ayala y la realización de la Séptima Conferencia Nacional de las Farc en 1982” (“Dos décadas de crisis política en Colombia, 1977-1997”, en Luz Gabriela Arango, *La crisis sociopolítica colombiana*. Bogotá: CES-Fundación Social, 1997, pp. 29-30).

<sup>25</sup> Internacionalmente el momento coincide con el triunfo de la Revolución nicaragüense, que le da un segundo aire al movimiento armado en el país, ahora más urbano y con mayor proyección publicitaria (Eduardo Pizarro, “Elementos para una sociología de la guerrilla”, *Análisis Político*, N<sup>o</sup> 12, enero-abril de 1991, pp. 7-22).

<sup>26</sup> De hecho, los paros cívicos nacionales fueron lanzados casi ritualmente cada cuatro años, al final de los respectivos períodos presidenciales de Turbay Ayala (1981) y de Belisario Betancur (1985), sin los mismos logros del 77, en parte porque fue la izquierda la única convocante.

sorprender de nuevo. La ola de represión que acompañó la expedición del Estatuto de Seguridad en 1978 pareció sofocar las movilizaciones sociales<sup>27</sup>.

#### EL DESPERTAR DE LOS (NUEVOS) MOVIMIENTOS SOCIALES

Si el levantamiento popular al estilo del primer paro cívico nacional quedó indefinidamente postergado, eso no significó que la gente hubiera dejado de presentar demandas o exigir soluciones a sus necesidades sentidas. De hecho, a partir de 1982 se inició un repunte de las acciones sociales colectivas más visibles, salvo en el caso del movimiento estudiantil<sup>28</sup>. Se destacaron las movilizaciones en el campo y la ciudad en pos de mejoras en servicios públicos domiciliarios y sociales, de vías de acceso y transporte, de más crédito y asistencia técnica y, en general, de planes de desarrollo local y regional. Pero, al mismo tiempo, los habitantes del campo y de las ciudades intermedias pedían cambios en las autoridades locales, respeto a las diferencias étnicas y de género, mientras denunciaban en forma creciente violaciones de derechos humanos y exigían la paz.

El cambio en la protesta social ocurre no sólo en las agendas de los actores, sino en las modalidades de lucha. Las marchas campesinas, los bloqueos de vías o tomas de entidades públicas

---

<sup>27</sup> Aunque el seguimiento de las luchas sociales no es el objeto de estas páginas, nuestros registros muestran un notorio descenso de los actores más visibles entre 1978 y 1980, año en el que se inicia un repunte laboral y estudiantil, no así cívico y campesino.

<sup>28</sup> El ciclo de ascenso va hasta el año 88 cuando declina por varios factores, entre los cuales se destacan las expectativas en torno a la reforma política y la "guerra sucia" que no sólo tocó a la Unión Patriótica sino a muchos dirigentes populares. El declive del movimiento estudiantil pertenece a otro tipo de explicaciones, tal vez más ligadas a la evolución de la *problemática* educativa y al cambio de protagonismos políticos.

y, en general, los paros cívicos sobresalen en los titulares de prensa de mediados de los años ochenta. Aunque se siguen buscando estructuras organizativas centrales, de hecho, las luchas son orientadas por coordinadoras de existencia fugaz que privilegian las relaciones horizontales y no el llamado centralismo democrático. La escala espacial también se modifica, pues las movilizaciones no pretenden tener una cobertura nacional, sino local y, en el mejor de los casos, regional.

Este resurgir de la protesta social con los nuevos elementos anotados hizo que muchos analistas proclamaran una nueva era en la acción social colectiva en el país<sup>29</sup>. Ante el desgaste de la política tradicional y de la misma acción de la izquierda, se consideraba que la movilización urbana y rural anticipaba una nueva forma de participación política. En una clara continuidad con el momento anterior, se postulaba que estaba surgiendo la semente de un poder popular<sup>30</sup>. Aun políticos cercanos al establecimiento como Álvaro Gómez sugirieron que la movilización cívica era la nueva forma de hacer política. En palabras textuales, decía en 1987: "Si los paros (cívicos) son el nuevo escenario de la política buscado por el gobierno (de Barco), hay que fomentarlos. Esta apertura democrática no debe desaprovecharse.

---

<sup>29</sup> Ése era el espíritu que se refleja en los ensayos de Orlando Fals Borda ("El nuevo despertar de los movimientos sociales", *Revista Foro*, Año 1, N° 1, septiembre de 1986, pp. 76-83) y Luis Alberto Restrepo ("El protagonismo político de los movimientos sociales", *Revista Foro*, Año 2, N° 2, febrero de 1987, pp. 33-43).

<sup>30</sup> Camilo González, en un apresurado artículo, llegó a decir que la movilización de principios del gobierno de Betancur era "la auténtica expresión de la formación de un poder popular que tiene la potencialidad de convertirse en la base institucional de un contrapoder" ("Poder local y la reorganización de la acción popular", *Controversia*, N° 121, 1984, pp. 75-76). La apuesta por la construcción de un poder popular estaba en la agenda de movimientos políticos de izquierda como A Luchar, el Frente Popular y la misma Unión Patriótica (véase Marta Harnecker, *Entrevista con la nueva izquierda*. Managua: Centro de Documentación y Ediciones Latinas, 1989).

Además, dada la quietud gubernamental, parece que ésta será la única forma de hacerse oír<sup>31</sup>.

A pesar de las aparentes continuidades con el populismo metodológico, de hecho, los modelos teóricos con los que se lee la realidad en este momento son bien diferentes. Ya no está al orden del día la lectura marxista leninista y sus variantes e, incluso, tampoco la teoría de la dependencia. La intelectualidad colombiana lee, en forma tardía de nuevo, a Antonio Gramsci, y por esa vía a nuevas aproximaciones marxistas. De hecho, la categoría de (nuevos) movimientos sociales urbanos es acuñada al abrigo de teóricos neomarxistas como Manuel Castells, Jordi Borja y Jean Lojkin. Pero definitivamente quien más inspira a los investigadores criollos es Alain Touraine y su sociología de la acción, así no se comparta siempre la pretensión de intervención social que él propone<sup>32</sup>. En todo caso, llama la atención que en la conceptualización sobre movimientos sociales se acudiera a los autores europeos, más inclinados a indagar por los aspectos culturales y simbólicos, y no tanto a los norteamericanos, quienes para

---

<sup>31</sup> Editorial de *El Siglo*, 8 de junio de 1987. Por supuesto que el espíritu del editorialista es más un reproche al gobierno de turno que un cambio radical en la concepción política, pero no dejan de ser sintomáticos tanto el pronunciamiento como la lluvia de críticas que recibió. Algo similar habían hecho los liberales al denunciar que el gobierno de Betancur alentaba la movilización ciudadana (*El Espectador*, 26 de octubre de 1982, p. 7A). Todavía años después le cobraban esa "debilidad" (*El Tiempo*, 11 de marzo de 1987, p. 4A).

<sup>32</sup> Ejemplos de estas nuevas inspiraciones son los trabajos de Pedro Santana (*Los movimientos sociales en Colombia*. Bogotá: Foro, 1989) y Javier Giraldo (*La reivindicación urbana*. Bogotá: Cinep, 1987). La forma de intervención social que cobra vigencia a mediados de los ochenta entre nuestros intelectuales y activistas es la propuesta de Investigación Acción Participativa, que tiene a Orlando Fals Borda como uno de sus exponentes. La IAP fue proclamada en el Simposio Mundial de Ciencias Sociales en Cartagena en 1977 por el mismo Fals Borda y practicada en su *Historia doble de la Costa*, publicada en cuatro volúmenes entre fines de los setenta y mediados de los ochenta. Véase, del mismo autor, *Conocimiento y poder popular*. Bogotá: Siglo XXI y Punta de Lanza, 1985.

ese momento estaban postulando la “movilización de recursos” para explicar las razones por las que un individuo se sumaba o no a la acción social colectiva<sup>33</sup>.

De esta forma, la categoría de movimientos sociales ingresa al lenguaje de nuestras ciencias sociales y desplaza, aunque no siempre, los conceptos de clase y de pueblo. Se trata de un avance indudable en términos teóricos, pues desprende el análisis del economicismo predominante en anteriores momentos. Otras dimensiones de la realidad social constituyen objeto no sólo del conflicto –eso estaba visto desde tiempo antes–, sino de la reflexión académica. Ya la lucha social no se explica meramente por las contradicciones en la esfera productiva o, cuando más, en la de distribución y consumo. Dimensiones culturales y simbólicas entran en la agenda de los actores sociales y en la mente de los investigadores. La construcción de identidades en los actores colectivos cobra importancia y hay más sensibilidad intelectual a las diferencias de género y étnicas.

Pero también en este momento aparecen nuevos entendimientos de la relación entre las esferas social y política. Al desmontarse el paradigma de la lectura clasista se cuestiona la esencialidad de lo socioeconómico como predeterminante de lo político<sup>34</sup>. Por la misma vía se duda de la pureza de los actores sociales y de su ilimitada capacidad de autonomía. Entre los intelectuales y no pocos activistas se comienza a percibir que los movimientos sociales *per se* no son revolucionarios. Por tanto, las relaciones con el Estado se miran en forma distinta: ya no hay total enemistad, sino que a veces se plantean relaciones complementarias, lo que no quiere decir que se suprima el conflicto que muchas veces se

---

<sup>33</sup> Véase mi ya citado ensayo “Poderes y contestación...”.

<sup>34</sup> Punto desarrollado por María Ema Wills, en “Feminismo y democracia: más allá de las viejas fronteras”, *Análisis Político*, N<sup>o</sup> 37, mayo-agosto de 1999, pp. 18-36.

focaliza contra el manejo que hace el ejecutivo de las políticas sociales. La relación entre región y nación es puesta de nuevo sobre el tapete, pero ya no como rivalidad entre las élites, como ocurría en el siglo XIX y parte del XX, sino como demanda de las más disímiles capas sociales de provincia<sup>35</sup>.

Desarrollos políticos como la descentralización y la elección popular de alcaldes a fines de los ochenta, y la convocatoria a la Asamblea Nacional Constituyente a principios de los noventa, hacen viables estas nuevas aproximaciones teóricas. Así no siempre los actores sociales hayan tenido éxito en la participación electoral, hay una mirada menos maniquea de la política. En esto se hacía eco a un movimiento intelectual que retornaba a los análisis políticos, luego de excluirlos por años, en el intento de destacar lo social.

A pesar de estos indudables logros de la acción social colectiva y de los avances teóricos que la acompañaron, la categoría de movimientos sociales, como se utilizó en los ochenta, todavía respiraba añoranza por la búsqueda de un nuevo sujeto histórico<sup>36</sup>. La necesidad de una vanguardia para un cambio societal —así fuese menos revolucionario que el soñado en los años sesenta y setenta—, hizo que el énfasis se trasladara del proletariado al pueblo y de éste a los (nuevos) movimientos sociales. Si bien es cierto que esta categoría socavaba el voluntarismo que impregnaba la búsqueda de una vanguardia, muy cara al paradigma marxista leninista, en el fondo mantenía el anhelo mesiánico por un salvador. Esto no sólo borraba con la derecha lo que se escribía con la izquierda, sino que les ponía a los actores

---

<sup>35</sup> Clara Inés García llega a afirmar que la región es una construcción en la que tiene que ver mucho la forma como se estructuran y resuelven los conflictos sociales (*El Bajo Cauca antioqueño: cómo ver las regiones*. Bogotá: Cinep-INER, 1993).

<sup>36</sup> Muy inspiradora a este respecto es la ya citada reflexión de Luis Alberto Romero, "Los sectores populares urbanos...", pp. 268-278.

sociales un deber ser revolucionario que difícilmente podían cumplir. Entre esta euforia y un nuevo desencanto no había sino un trecho, y por él transitó la intelectualidad colombiana en el último decenio.

#### LA HORA DE LOS DERRUMBES Y DE LAS NUEVAS RUTAS

En cuanto al tema que venimos desarrollando, los signos de los tiempos presentes son bien contradictorios. Es claro que los grandes paradigmas construidos en el siglo XIX y llevados a la práctica en el XX se han derrumbado. No es sólo la bancarrota del socialismo real, del Estado de bienestar, de los populismos e incluso del liberalismo clásico. Se trata de una profunda crisis de la modernidad que se trasluce en el pesimismo del pensamiento contemporáneo. Las ciencias sociales no son ajenas a esta coyuntura y hoy se cuestionan tanto sus objetos y métodos como sus mismos fundamentos. La resultante no es necesariamente negativa. Por el contrario, el actual momento puede ser un reinicio de una labor científica en condiciones menos ingenuas, de acuerdo con las posibilidades reales de las distintas disciplinas, y más responsables con las promesas que ofrecen. La interdisciplinarietà que amenaza los compartimientos estancos con los que dividíamos la realidad puede dar origen a nuevas construcciones que nos aproximen en forma más compleja y rica a ella.

Los actores sociales, por su parte, viven también contradictorias situaciones. De un lado, la crisis de los paradigmas los afecta, en la medida en que socava su potencial político, al limitar las pretensiones de cambios radicales. Pero, al mismo tiempo, nuevos espacios de participación se abren en la política cotidiana, que ofrecen logros, pequeños pero valiosos. La misma movilización social no desaparece aunque no corresponde a los modelos épicos construidos en los decenios anteriores. La búsqueda de organizaciones centralizadas y con presencia nacional

arroja precarios avances. Incluso se duda de la real representación con la que muchas organizaciones sociales dicen contar. Por eso, hoy más que nunca, es vigente la paradoja de una aparente crisis organizativa y la persistencia de la protesta.

Miremos con mayor detenimiento los signos cruzados de nuestra contemporaneidad para poder aclarar al menos dónde está el problema, para así poder buscar luego la solución. En cuanto al mundo de los actores, hay muchos indicios de que las cosas no están tan mal como a veces se piensa. Hay quienes afirman que hay una buena base organizativa en la sociedad colombiana al menos si nos atenemos a la cobertura de asociaciones voluntarias como las juntas de acción comunal, los sindicatos, las organizaciones campesinas, de viviendas, étnicas, de género, ecológicas y de derechos humanos. Según cálculos de Rocío Londoño, para 1993 teníamos casi 4,500.000 colombianos vinculados con esas asociaciones<sup>37</sup>. Claro que estas cifras pueden ser engañosas, pues se duda de la representatividad de muchas de esas organizaciones y de la “calidad” de la participación de los afiliados. Esta crítica no esconde la existencia de una amplia base organizativa que conecta horizontalmente a muchos colombianos, así la mayoría no tenga una efectiva presencia en la arena pública.

Más cerca de nuestras inquietudes, se constata que la protesta en los años noventa, aunque tiene sus vaivenes, no desaparece y por ratos aumenta<sup>38</sup>. Aunque a veces se dude de la racionalidad en sus fines y medios, por lo común la protesta social refleja demandas sentidas de distintos ciudadanos y utiliza me-

---

<sup>37</sup> *Una visión de las organizaciones populares en Colombia*. Bogotá: Fundación Social-Viva la Ciudadanía-UPN, 1994, pp. 40-47.

<sup>38</sup> Remitimos a los análisis coyunturales de luchas sociales elaborado por Álvaro Delgado, Esmeralda Prada y Martha C. García, investigadores del Cinep, y publicados en la revista trimestral *Cien Días*.



dios pacíficos, mas no necesariamente legales. Los “viejos” movimientos no sólo siguen vivos, sino que en muchas ocasiones son los convocantes de grandes movilizaciones ciudadanas como las ocurridas en el último semestre de 1999, mientras en forma paralela amplían sus demandas más allá de lo estrictamente material, que sigue siendo muy precario en un país como el nuestro. En años recientes, las luchas sociales se “politizan” al oponerse a medidas oficiales y a los planes de desarrollo. Incluso hay quienes postulan que movimientos como el campesino de los últimos decenios buscan ante todo la inclusión ciudadana<sup>39</sup>.

Nuevos actores sociales hacen presencia pública con desigual grado de éxito. Es conocido el impacto que han tenido las minorías étnicas, especialmente indígenas, en la afirmación de su diferencia y en la consecución de espacios territoriales para consolidar su identidad. Su presencia, primero en la Asamblea Constituyente, y luego en el Parlamento, ha sido garantía de esos logros<sup>40</sup>. Las acciones de las mujeres, ya no como meros actores sociales, sino en pos de reivindicaciones de género, aunque han sido menos espectaculares, tal vez han alcanzado más logros

---

<sup>39</sup> León Zamosc, “Transformaciones agrarias y luchas campesinas en Colombia: un balance retrospectivo (1950-1990)”, *Análisis Político*, N° 15, abril de 1992, pp. 35-66. En el análisis de las luchas campesinas en los últimos años hecho por Esmeralda Prada y Carlos Salgado resaltan como principales demandas los servicios públicos, las políticas agrarias, la tierra y los derechos humanos (*La protesta campesina, 1980-1995*. Bogotá, Cinep, 2000, capítulo 3). Se ratifica un cambio de agenda con relación a los años setenta, cuando el principal motivo era la tierra.

<sup>40</sup> Son numerosos los ensayos sobre este tema. A guisa de ejemplo mencionamos los de María Teresa Findji (“Movimiento social y cultura política: el caso del movimiento de autoridades indígenas en Colombia”, Ponencia al VIII Congreso de Historia, Bucaramanga, 1992), Christian Gros (*Colombia indígena. Identidad cultural y cambio social*. Bogotá: Cerec, 1991) y los compilados por Arturo Escobar y Álvaro Pedroza (*Pacífico, ¿desarrollo o diversidad? Estado, capital y movimientos sociales en el Pacífico colombiano*. Bogotá: Cerec-Ecofondo, 1996).

duraderos, lo que hace pensar en una verdadera revolución invisible<sup>41</sup>. Hay además notorios relevos generacionales en las organizaciones, y aun la categoría de joven adquiere relevancia como nuevo actor social y político<sup>42</sup>. Las tensiones entre lo local, la región y la nación se consolidan en la agenda de la movilización ciudadana otorgando una base social a las políticas de descentralización. Hay, por último, novedosos brotes de organización y movilización por la paz y la vigencia de los derechos humanos, por problemas ambientales, de ejercicio de la sexualidad y aun de objeción al servicio militar.

El anterior panorama habla en favor de la ampliación de los campos del conflicto social, ahora muy distante del estrictamente económico propio de las primeras lecturas. Si ya no hay una centralidad de lo socioeconómico, pierde vigencia la primacía clasista en la lectura de la realidad, lo que no quiere decir que se suprima el conflicto. Por el contrario, éste prolifera en esferas antes no pensadas, incursionando hasta en el ámbito privado de la familia, como lo señalan las feministas con acierto<sup>43</sup>.

Pero no todo es positivo en el pasado reciente de los movimientos sociales. Ya decíamos que la crisis de paradigmas deja huérfana a la acción social colectiva de la dimensión utópica. Aunque hay intentos por replantearla, no es una tarea fácil ante el derrumbe del mayor desafío al capitalismo y el aparente triunfo de su vertiente más destructiva en términos sociales, el neoliberalismo. En el caso colombiano, aunque hay una indudable

---

<sup>41</sup> Dentro de la amplia investigación sobre movimientos de mujeres destacamos los libros de Lola Luna y Norma Villarreal, *Historia, género y política*. Barcelona: Universidad de Barcelona, 1994, y Magdalena León (compiladora), *Mujeres y participación política, avances y desafíos en América Latina*. Bogotá: Tercer Mundo, 1994.

<sup>42</sup> Diego Pérez y Marco Raúl Mejía, *De calles, parches, galladas y escuelas*. Bogotá: Cinep, 1996.

<sup>43</sup> María E. Wills, "Feminismo y democracia...", pp. 29-35.

base organizativa, subsiste gran dispersión a la hora de acciones conjuntas. La existencia de redes horizontales no subsana la ausencia de organismos de cobertura nacional. Todo ello dificulta una expresión pública más contundente por parte de los actores sociales.

Por último, pero no menos importante, la fragmentación y degradación de las violencias afecta particularmente a los movimientos sociales, pues siega la vida de muchos dirigentes y activistas, entorpece, si no anula, la cotidianidad de las organizaciones y cercena notablemente su autonomía, no sólo con relación al Estado, sino con los diversos actores armados<sup>44</sup>. El problema de los actores sociales en el país no es propiamente la cantidad de villanos y oportunistas que se les incorporan, como diría Humberto de la Calle, sino la amenaza a su existencia física y simbólica.

Todos estos signos contradictorios requieren nuevas lecturas, y así lo han comprendido los intelectuales que reflexionan sobre la acción social colectiva en el país. De esta forma, se han incorporado modelos explicativos producidos en los países centrales, bien sea en el postestructuralismo, bien en algunas de las más avanzadas vertientes postmodernas. En aras de rescatar al sujeto en la acción colectiva, se vuelven los ojos a un discutible individualismo metodológico. Para dar cuenta de la relación entre lo social y lo político, se asume rígidamente el neoestructuralismo norteamericano que reelabora la teoría de movilizaciones

---

<sup>44</sup> El tema es continuamente denunciado por analistas y actores, pero poco desarrollado teóricamente. Un interesante intento lo hizo la politóloga norteamericana Leah Carroll al aplicar la teoría de que un cambio acelerado de poder, así sea local y temporal, es respondido con violencia contra los líderes del cambio. Estudia así el acceso de 18 dirigentes de la UP a alcaldías en 1988 ("Logros y límites de la elección popular de alcaldes en Colombia", en Jaime Caycedo y Carmenza Mantilla (eds.), *Identidad, democracia y poderes populares*. Bogotá: CEIS-Uniandes, 1993).

ción de recursos desde las “oportunidades políticas”. Las dimensiones culturales y simbólicas son leídas desde las propuestas neoconstructivistas, que a su vez son readecuaciones del llamado paradigma de identidad elaborado por teóricos europeos<sup>45</sup>. El problema con estas teorías no radica en que provengan de los países centrales, sino en la forma acrítica y ligera como se suelen incorporar.

Posiblemente, el mejor camino es formular preguntas centrales y buscar los conceptos, fuentes, metodologías y sobre todo teorías que nos ayuden a responderlas. A manera de ejemplo, mencionaré cuatro que son cruciales en el entendimiento de nuestros movimientos sociales. El primer interrogante gira en torno a la racionalidad de la acción social colectiva. Iluminados por la historiografía social inglesa, postulamos que la protesta social no es una respuesta espasmódica a un deterioro en las condiciones materiales, salvo en umbrales críticos de hambre o miseria<sup>46</sup>. La acción social colectiva trasciende el mero instinto. Por lo común, en toda demanda ciudadana hay la percepción de que se ha cometido una injusticia o de que existe una inequidad en relación con otros grupos sociales, nacionales o internacionales, o con el pasado. La gente no lucha simplemente porque tiene hambre, sino porque siente que no hay una distribución justa de un bien material, político o simbólico. Desde sus mismos gérmenes, los elementos culturales están presentes en toda movilización y habrá que

---

<sup>45</sup> Estos aspectos teóricos que toco en mi ensayo ya citado “Poderes y contestación...”, han sido analizados por numerosos autores, entre los que destaco a Jean Cohen en los ochenta (“Strategy or Identity: New Theoretical Paradigms and Contemporary Social Movements”, *Social Research*, Vol. 52, N<sup>o</sup> 4, invierno de 1985) y más recientemente, Joe Foweraker (*Theorizing Social Movements*. Londres: Pluto eds., 1995) y Enrique Laraña (*La construcción de los movimientos sociales*. Madrid: Alianza, 1999).

<sup>46</sup> Muy iluminador es el texto de E. P. Thompson, *Customs in Common*. Nueva York: The New Press, 1993.

tomarlos más en cuenta a la hora de explicarla, cosa que poco se ha hecho en nuestro medio.

La pregunta por la racionalidad de la acción social colectiva tiene una vertiente criolla que se formula como el desfase entre la acción reivindicativa y la expresión política<sup>47</sup>. De clara estirpe leninista por el desajuste entre la existencia y la conciencia, la cuestión debe ser replanteada a partir de la continuidad real entre una y otra forma de acción colectiva. Ello implica desmontar cualquier esencialidad o preexistencia de lo social en contra de lo político, y viceversa. En su expresión más radical, esto supone postular distintas racionalidades, no sólo la instrumental, con igual valoración en las acciones sociales colectivas<sup>48</sup>. Luchar por la igualdad de géneros en el ámbito familiar puede ser tan válido y necesario como emprender una reforma del Parlamento para purificar la política.

Otra pregunta clave y cercana a la anterior gira en torno al aporte que las luchas y movimientos sociales han hecho a la construcción de la democracia en el país. Por supuesto que habrá que definir qué entendemos por democracia, para lo que la propuesta de Chantal Mouffe y Ernesto Laclau sobre radicalizarla puede ser pertinente<sup>49</sup>. En concreto, construir democracia en el caso colombiano significa ampliar la ciudadanía, lo que a su vez necesita de un garante, que en forma ideal es el Estado. Ello requiere una nueva lectura de las relaciones con el Estado, de sus

---

<sup>47</sup> Quién mejor formuló la pregunta y aventuró explicaciones fue Javier Giraldo, en el ya citado *La reivindicación urbana...*

<sup>48</sup> Así lo propone María Ema Wills, "Feminismo y democracia...", p. 39. A una conclusión similar llegaba yo en una relectura de los pensadores de la modernidad, especialmente Marx y Weber ("La racionalidad de la acción colectiva: ¿problema moderno o postmoderno", *Ponencia al Simposio del Instituto Pensar*, Bogotá, 1999).

<sup>49</sup> Véase de la primera, *The Return of the Political*. Londres: Verso eds., 1993.

debilidades y fortalezas, y de la necesidad de aprovechar o crear nuevas oportunidades políticas<sup>50</sup>. Pero también implica una nueva lectura de la política, no tanto de la virtuosa sino de la pragmática, que permea también a los sectores subordinados<sup>51</sup>. Y, en últimas, de los poderes existentes tanto en el Estado como en la sociedad civil<sup>52</sup>. Así se podrá comprender que la acción social colectiva no es gradual ni acumulativa, como se vio muchas veces al movimiento laboral<sup>53</sup>, y enfrenta distintos escenarios de poder a los que responde con diferente eficacia, uno de ellos, y nada despreciable, el Estado. Lo que hoy es un logro en materia social, mañana puede ser un retroceso; lo que aquí tuvo éxito, allá puede significar una derrota.

Por último, convendrá replantearnos la paradoja que hemos reiterado a lo largo de estas páginas formulando una pregunta más adecuada: más que enfatizar la supuesta debilidad de los movimientos sociales, en contraste con la persistencia de la protesta, deberíamos comenzar por la segunda parte para, desde allí, intentar valorar su fortaleza o debilidad. Esto implica apartarnos del deber ser que autores como Alain Touraine les ponen a los movimientos sociales, y tal vez retomar las lógicas pragmáticas con las que actúan<sup>54</sup>. En caso de constatarse la debilidad,

---

<sup>50</sup> Es lo que propone Francisco Leal en “Los movimientos sociales y políticos. Un producto de la relación entre sociedad civil y Estado”, *Análisis Político*, N° 13, mayo-agosto de 1991, pp. 7-21.

<sup>51</sup> Por esta vía va el ensayo de José L. Sanín, “La expresión política de las organizaciones sociales: una tendencia de reconstrucción de las prácticas políticas”, en Varios, *Nuevos movimientos políticos: entre el ser y el desencanto*. Medellín: IPC, 1997.

<sup>52</sup> Tal es, a mi juicio, el mayor aporte de Leopoldo Múnica en el ya citado *Rupturas y continuidades...*

<sup>53</sup> Enfoque que aún sigue vigente en recientes textos como el de Marcel Silva, *Flujos y reflujos. Reseña histórica de la autonomía del sindicalismo colombiano*. Bogotá: Facultad de Derecho UN, 1998.

<sup>54</sup> Touraine, a pesar de advertir sobre los problemas de utilizar categorías europeas para explicar a América Latina, concluye que es un subcontinente lleno

ella debe ser explicada no tanto como fruto de la voluntad deliberada de los actores sociales o políticos, y ni siquiera del Estado<sup>55</sup>. Responsabilizar en forma exclusiva a las condiciones estructurales o a un solo agente histórico de los hechos violentos en este país no es posible desde la más sana historiografía. Los análisis complejos sobre las violencias, sus causas, actores, escenarios, significados culturales y, sobre todo, su impacto sobre la acción social colectiva, son más que necesarios para responder el interrogante planteado<sup>56</sup>.

#### UNAS PALABRAS CONCLUSIVAS

Desde que se hicieron los primeros estudios de los actores sociales hasta hoy, ha pasado mucha agua debajo del puente. Las primeras miradas funcionalistas fueron reemplazadas por estudios marxistas y dependentistas. Luego se relegó el análisis ortodoxo clasista para postular categorías más comprensivas, pero menos explicativas, como las de pueblo y movimiento popular. En forma tardía, y con cierto triunfalismo, se adoptó la terminología de movimientos sociales para explicar nuevas formas de protesta. Estos jalones conceptuales y teóricos encierran algu-

---

de actores pero pobre en movimientos sociales, en parte porque éstos tienen poca autonomía ante el sistema político (*América Latina. Política y sociedad*. Madrid: Espasa-Calpe, 1989, pp. 157-163). Lo del pragmatismo ha sido abordado por Javier Giraldo (*La reivindicación urbana...*), paradójicamente inspirado en Touraine, y más recientemente por José L. Sanín ("La expresión política...").  
<sup>55</sup> Ésta es una denuncia común en académicos y activistas. Véase por ejemplo la ponencia del CEIS, "Régimen político y movimientos sociales en Colombia", en Caycedo y Mantilla (eds.), *Identidad democrática...*, p. 203.

<sup>56</sup> Entre los balances propuestos recientemente en torno al tema de la violencia menciono el de Elsa Blair, por llamar la atención sobre las dimensiones culturales ("Perspectivas de análisis: Hacia una mirada cultural de la violencia", *Desde la Región*, N<sup>o</sup> 30, enero del 2000, pp. 43-53.).

nas posibilidades explicativas del conflicto social en el país, pero con limitaciones que se hacen evidentes cuando intentan aplicarse rígidamente.

En los años noventa, cuando cayeron los paradigmas y se acrecentó la violencia en el país, entramos en una valoración pesimista de la movilización ciudadana. Se dudó incluso de su aporte a la construcción democrática, cuando no de su racionalidad. Tal vez eso explique la relativa disminución de análisis académicos sobre las luchas sociales. Hoy no podemos decir que estamos del otro lado del río. Aún estamos sumidos en un mar de confusiones y de contradicciones. Pero nos hallamos mejor preparados que antes, pues se ha cualificado la investigación al precisarse mejor los conceptos, enriquecerse las fuentes y las metodologías, y ampliarse el universo teórico con una actitud cada vez más crítica hacia lo que recibimos en préstamo. De esta forma, podemos plantear mejor las preguntas y, posiblemente, emprender rutas más adecuadas para responderlas.

Nuestra condición, que bien puede ser definida como post-colonial, nos exige descentrar estas nuevas aproximaciones desechando, por ejemplo, los modelos eurocéntricos y el discurso desarrollista implícitos en muchas de ellas. Esto debe hacerse desde una reflexión interdisciplinaria, pues el tema lo requiere. A veces será necesario también ser eclécticos, ya que la explicación de la realidad no se agota en un solo modelo teórico. Y, sobre todo, habrá que insistir en miradas menos prevenidas y más pragmáticas para tratar de entender las dinámicas de nuestros actores sociales. Para este fin, es más que necesario diálogo entre académicos y actores que haga explícito un nuevo proceso investigativo en el que unos y otros pongamos en circulación los conocimientos y las experiencias. Con este diálogo evitaremos también el apresuramiento al exaltar lo que no ha nacido o, peor aún, al enterrar lo que todavía está vivo.



*Bibliografía*

- Arango, Luz Gabriela. *La crisis sociopolítica colombiana*. Bogotá: CES-Fundación Social, 1997.
- Archila, Mauricio. "Poderes y contestación", *Controversia*, N° 173, diciembre de 1998, pp. 29-60.
- . "La racionalidad de la acción colectiva. ¿Problema moderno o postmoderno", Ponencia al Simposio del Instituto Pensar, Bogotá, 1999.
- Arrubla, Mario. *Estudios sobre el subdesarrollo colombiano*. Bogotá: Estrategia, 1963.
- Blair, Elsa, "Perspectivas de análisis: Hacia una mirada cultural de la violencia", *Desde la Región*, N° 30, enero del 2000, pp. 43-53.
- Caicedo, Édgar. *Historia de las luchas sindicales en Colombia*. Bogotá: Ediciones Suramericana, 1977.
- Carrillo, Jaime. *Los paros cívicos en Colombia*. Bogotá: Oveja Negra, 1981.
- Caycedo, Jaime. "Los estudiantes y las crisis políticas", *Escritos Políticos*, mayo-junio de 1979.
- . "Conceptos metodológicos para la historia del movimiento estudiantil colombiano", *Estudios Marxistas*, N° 27, 1984.
- Caycedo, Jaime y Mantilla, Carmenza (eds.). *Identidad, democracia y poderes populares*. Bogotá: CEIS-Uniandes, 1993.
- Caycedo, Jaime y Estrada, Jairo (compiladores). *Marx Vive*. Bogotá: Universidad Nacional, 1998.
- Cohen, Jean. "Strategy or Identity: New Theoretical Paradigms and Contemporary Social Movements", *Social Research*, Vol. 52, N° 4, invierno de 1985.
- Coral, Laureano. *Historia del movimiento sindical del magisterio*. Bogotá: Ediciones Suramericana, 1980.
- De Roux, Francisco y Escobar, Cristina. "Una periodización de

- la movilización popular en los setenta”, *Controversia*, N° 125, 1985.
- Dix, Robert. *Colombia, the Political Dimensions of Change*. New Haven: Yale University Press, 1967.
- Escobar, Arturo. *Encountering Development. The Making and Unmaking of the Third World*. Princeton: Princeton University Press, 1995.
- Escobar, Arturo y Pedroza, Álvaro. *Pacífico: ¿desarrollo o diversidad? Estado, capital y movimientos sociales en el Pacífico colombiano*. Bogotá: Cerec-Ecofondo, 1996.
- Fals Borda, Orlando. *Campesinos de los Andes. Estudio sociológico de Saucio (Boyacá)*. Bogotá: Editorial Punta de Lanza, 1978.
- . *Conocimiento y poder popular*. Bogotá: Siglo XXI y Punta de Lanza, 1985.
- . “El nuevo despertar de los movimientos sociales”, *Revista Foro*, Año 1, N° 1, septiembre de 1986, pp. 76-83.
- Findji, María Teresa. “Movimiento social y cultura política: el caso del movimiento de autoridades indígenas en Colombia”, Ponencia al VIII Congreso de Historia, Bucaramanga, 1992.
- Foweraker, Joe. *Theorizing Social Movements*. Londres: Pluto, 1995.
- García, Clara Inés. *El Bajo Cauca antioqueño: Cómo ver las regiones*. Bogotá: Cinep-Iner, 1993.
- Giraldo, Javier. *La reivindicación urbana*. Bogotá: Cinep, 1987.
- González, Camilo. “Poder local y la reorganización de la acción popular”, *Controversia*, N° 121, 1984.
- Christian Gros, *Colombia indígena. Identidad cultural y cambio social*. Bogotá: Cerec, 1991.
- Grupo José R. Russi. *Luchas de clases por el derecho a la ciudad*. Medellín: Ed. 8 de junio, 1977.
- Harnecker, Marta. *Entrevista con la nueva izquierda*. Managua: Centro de Documentación y Ediciones Latinas, 1989.
- Hartlyn, Jonathan. *La política del régimen de coalición*. Bogotá: Tercer Mundo-Uniandes, 1993.

- Laraña, Enrique. *La construcción de los movimientos sociales*. Madrid: Alianza, 1999.
- Lebret, Joseph. *Estudios sobre las condiciones de desarrollo de Colombia*. Bogotá: Aedita, 1958.
- Leal, Francisco (compilador). *En busca de la estabilidad perdida*. Bogotá: Tercer Mundo, 1995.
- . “Los movimientos sociales y políticos. Un producto de la relación entre sociedad civil y Estado”, *Análisis Político*, N<sup>o</sup> 13, mayo-agosto de 1991, pp. 7-21.
- León, Magdalena (compiladora). *Mujeres y participación política, avances y desafíos en América Latina*. Bogotá: Tercer Mundo, 1994.
- Londoño, Rocío. *Una visión de las organizaciones populares en Colombia*. Bogotá: Fundación Social-Viva la Ciudadanía-UPN, 1994.
- Luna, Lola y Villarreal, Norma. *Historia, género y política*. Barcelona: Universidad de Barcelona, 1994.
- Martz, John D. *Colombia, un estudio de política contemporánea*. Bogotá: Universidad Nacional, 1969.
- Medina, Medófilo. “Los paros cívicos en Colombia (1957-1977)”, *Estudios Marxistas*, N<sup>o</sup> 14, 1977, pp. 3-24.
- Moncayo, Victor Manuel y Rojas, Fernando. *Luchas obreras y política laboral en Colombia*. Bogotá: La Carreta, 1978.
- Mouffe, Chantal. “Democracia radical: ¿moderna o postmoderna?”, *Revista Foro*, N<sup>o</sup> 24, septiembre de 1994.
- . *The Return of the Political*. Londres: Verso, 1993.
- Múnera, Leopoldo. *Rupturas y continuidades: Poder y movimiento popular en Colombia, 1968-1988*. Bogotá: Cerec-Iepri-Facultad de Derecho de la Universidad Nacional, 1998.
- Pecaut, Daniel. *Política y sindicalismo en Colombia*. Bogotá: La Carreta, 1973.
- Pérez, Diego y Mejía, Marco Raúl. *De calles, parches, galladas y escuelas*. Bogotá: Cinep, 1996.

- Pizarro, Eduardo. "Elementos para una sociología de la guerrilla", *Análisis Político*, N<sup>o</sup> 12, enero-abril de 1991, pp. 7-22.
- Prada, Esmeralda y Salgado, Carlos. *La protesta campesina, 1980-1995*. Bogotá: Cinep, 2000.
- Restrepo, Luis Alberto. "El protagonismo político de los movimientos sociales", *Revista Foro*, Año 2, N<sup>o</sup> 2, febrero de 1987, pp. 33-43.
- Romero, Luis Alberto. "Los sectores populares urbanos como sujetos históricos", *Proposiciones*, N<sup>o</sup> 19, 1990, pp. 268-278.
- Sanín, José L. "La expresión política de las organizaciones sociales: una tendencia de reconstrucción de las prácticas políticas", en Varios, *Nuevos movimientos políticos: entre el ser y el desencanto*. Medellín: IPC, 1997.
- Santana, Pedro. *Desarrollo regional y paros cívicos en Colombia*. Bogotá: Cinep, 1983.
- . *Los movimientos sociales en Colombia*. Bogotá: Foro, 1989.
- Santos, Boaventura de Sousa. *De la mano de Alicia. Lo social y lo política en la postmodernidad*. Bogotá: Uniandes, 1998.
- Silva, Marcel. *Flujos y reflujos. Reseña histórica de la autonomía del sindicalismo colombiano*. Bogotá: Facultad de Derecho de la Universidad Nacional, 1998.
- Thompson, E. P. *Customs in Common*. Nueva York: The New Press, 1993.
- Torres Giraldo, Ignacio. *Los inconformes*. Bogotá: Margen Izquierdo, 1973.
- Touraine, Alain. *América Latina. Política y sociedad*. Madrid: Espasa-Calpe, 1989.
- Tovar, Bernardo (compilador). *La historia al final del milenio*. Bogotá: Editorial Universidad Nacional, 1994.
- . *El marxismo en Colombia*. Bogotá: Universidad Nacional, 1984.
- Urrutia, Miguel. *Historia del sindicalismo en Colombia*. Bogotá: Universidad de los Andes, 1969.

Vargas, Jorge E. y Aguilar, Luis I. *Planeación urbana y lucha de clases*. Bogotá: Cinep, 1976.

Wills, María Ema. "Feminismo y democracia: más allá de las viejas fronteras", *Análisis Político*, N° 37, mayo-agosto de 1999, pp. 18-36.

Zamosc, León. *Los usuarios campesinos y las luchas por la tierra en los años setenta*. Bogotá: Cinep, 1983.

———. "Transformaciones agrarias y luchas campesinas en Colombia: un balance retrospectivo (1950-1990)", *Análisis Político*, N° 15, abril de 1992, pp. 35-66.

